

EL EMPIRISMO DE DAVID HUME



SEBASTIÁN SALGADO GONZÁLEZ

IES ISABEL DE CASTILLA (Ávila)

Conceptos	3
El Empirismo de Locke y Hume	4
La teoría del conocimiento de Hume	7
La crítica a la metafísica: el problema de la causalidad y la sustancia	10
1. El problema de la causalidad	10
2. El problema de la sustancia	15
Ética y Política	19
1. Ética.	19
2. Política.	22
Apéndice. Antología de textos	23
Bibliografía	26

Conceptos

empirismo, ilustración

percepciones, impresiones e ideas

conocimiento y tipos (cuestiones de hecho y relaciones de ideas)

leyes de asociación

causalidad (crítica de la)

sustancia (yo, mundo, Dios)

costumbre, creencia

fenomenismo, escepticismo (rechazo de la metafísica)

emotivismo moral

pasiones

religión natural

El Empirismo de Locke y Hume

David Hume nace en Edimburgo (Escocia) en 1711. Estudia Derecho forzado por su padre, pero lo que verdaderamente le interesaban eran los estudios de literatura, historia y filosofía. Al estudio de esas disciplinas se dedicaría en su estancia en Francia. Pero su vida no solo transcurriría al hilo de su actividad intelectual, sino que también llegó a desempeñar puestos de responsabilidad política, como los cargos de subsecretario de Estado y secretario de la Embajada inglesa en París. Hume moría también en Edimburgo en 1776.

Entre sus obras filosóficas cabe destacar: *Tratado de la naturaleza humana*, que es su obra capital; pero también el *Compendio a una obra titulada Tratado de la naturaleza humana*, donde elabora un resumen de aquella obra magna. Además, Hume escribió tratados sobre moral, religión, política: *Ensayos morales y políticos*, *Investigación sobre los principios de la moral*, *Diálogos sobre la religión natural*.

Hume perteneció al empirismo, corriente filosófica surgida en Gran Bretaña en el siglo XVII bajo el amparo de John Locke. Este filósofo inglés (1630-1704) fue el verdadero impulsor del empirismo filosófico y del liberalismo político en Gran Bretaña. Según Locke los pilares de una Sociedad y Estado Modernos son: el reparto de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), la defensa de los derechos naturales de los individuos (libertad, propiedad y justicia) por medio del establecimiento de

un "contrato social" que supere los problemas de la vida en naturaleza del hombre.

Locke sostuvo una crítica radical a la teoría cartesiana de las ideas innatas: para Locke nuestro conocimiento surge a partir de la experiencia y nuestra mente es en su inicio como un papel en blanco, que solo comienza a llenarse en contacto con la experiencia. Así pues, el empirismo surgió como teoría opuesta a ciertos postulados racionalistas, especialmente al innatismo de las ideas, defendido por Descartes. Para los empiristas la base de nuestro conocimiento, así como su límite, se encuentra en la experiencia. Esta es la que pone en contacto al sujeto de conocimiento con la realidad del mundo exterior y de su propia actividad mental o conciencia. Por eso, el empirismo sostiene que nuestras ideas son producto de nuestra actividad sensorial, es decir, de las sensaciones. Así pues, según el empirismo, y frente al racionalismo, la experiencia es la única fuente del conocimiento y no existen ideas innatas. Las ideas son, según Locke, el objeto del pensamiento y son representaciones de la realidad en nuestra mente. Existen dos tipos de ideas: simples y compuestas, derivando estas últimas de relación entre las primeras; las ideas simples se pueden clasificar a su vez en: ideas de sensación, de reflexión y de la conjunción de ambas.

Pero no todas las tesis racionalistas son rechazadas por los empiristas: el empirismo estaría de acuerdo con el racionalismo en la necesidad de buscar un método adecuado para el conocimiento, en que éste parte del sujeto, y en la urgencia por relacionar estrechamente la filosofía y la ciencia para culminar un conocimiento del hombre y del mundo.

El empirismo del siglo XVIII, representado por Hume, puede ser incluido en el ámbito de definición histórica y conceptual de la Ilustración, que es un movimiento cultural de amplia influencia en Francia (su cuna), Inglaterra y Alemania. La tesis fundamental de la Ilustración es que el saber nos hace libres y que ese saber se construye científicamente. Los ilustrados defendían una razón autónoma, emancipada de injerencias tanto políticas como religiosas, universal, crítica, laica, científica y con la mirada puesta siempre en el progreso social y cultural del ser humano como base de la consecución de su libertad y felicidad.

La Ilustración ha sido el marco conceptual de la Revolución Francesa, pero también de la creación de los Derechos Humanos y la consolidación del liberalismo político.

La Ilustración agrupaba nombres de filósofos, literatos, científicos, políticos, etc, como Voltaire, Montesquieu, Holbach, Rousseau, Diderot, Hume, Newton, Kant.

La teoría del conocimiento de Hume

Para Hume conocer es básicamente percibir, por lo que todo nuestro conocimiento se elabora a partir de percepciones, las cuales pueden ser de dos tipos, dependiendo de su fuerza e intensidad: impresiones e ideas, respectivamente.

Pero, ¿qué es una percepción? y ¿por qué las impresiones preceden a las ideas? Una percepción es todo aquello que puede estar presente en nuestra mente, ya sea por medio de los sentidos, de las pasiones e incluso de nuestra reflexión.

Las impresiones, sostiene Hume, son mucho más vivaces y potentes que las ideas, precisamente porque son anteriores en el acto de percibir que lleva a cabo nuestra mente. Las impresiones son actos inmediatos de la experiencia, tanto interna como externa; así, habrá dos tipos de impresiones: de sensación y de reflexión. Las impresiones de sensación nos dan a conocer las cualidades de los objetos del mundo exterior; las impresiones de reflexión nos ofrecen el conocimiento o la experiencia de nuestros estados de conciencia o estados internos. En lo que respecta a las ideas, Hume sostiene que son copias de las impresiones y por esa razón su fuerza es inferior, puesto que no pasan de ser huellas derivadas de las impresiones. Las ideas no son nunca innatas (a diferencia de lo que afirmaba Descartes), puesto que bien derivan de las impresiones, si han de ser verdaderas, o bien son construidas

por nuestra imaginación. Las ideas no son, desde luego, modelos (frente a Platón) ni modos de pensamiento (al contrario de lo que opinaba Descartes) y no se obtienen por abstracción (en oposición a la Escolástica).

En cualquier caso, las ideas se pueden clasificar en dos tipos: simples y complejas. Estas últimas se forman por medio de la asociación de las primeras empleando las siguientes leyes de asociación:

- a) ley de semejanza: las ideas se asocian por su parecido o semejanza.
- b) ley de contigüidad espacio-temporal: asociamos más fácilmente ideas que se presentan próximas entre sí.
- c) ley de causalidad: se trata de la relación causa-efecto, según la cual tendemos a asociar ideas presentando una como causa de otra y, por ende, colocando una de manera anterior a la otra y estableciendo entre ellas una relación de necesidad (véase más adelante el apartado: "crítica a la causalidad").

Al margen de la asociación de ideas y de los tipos de percepciones, la teoría del conocimiento de Hume, de clara raigambre empirista, establece una distinción entre los tipos de conocimiento, que en cierta forma hereda de un racionalista como Leibniz, quien distinguía entre verdades de razón y verdades de hecho.

El conocimiento se clasifica, pues, en:

1. Conocimiento de relaciones entre ideas: es aquel conocimiento que trabaja exclusivamente en el orden de las proposiciones y por tanto corresponden fundamentalmente a la lógica y la matemática. Se trata de proposiciones siempre verdaderas que respetan el principio lógico de no contradicción. La ventaja de este conocimiento es su potencial analítico (siempre dicen verdad, el predicado está incluido en el sujeto, con lo que son necesariamente ciertas), pero su desventaja es que son incapaces de ofrecernos conocimiento experiencial alguno, es decir, conocimiento de los hechos que conforman el mundo.
2. Conocimiento de hechos: es aquel conocimiento constituido por las proposiciones que se refieren a hechos. Se trata de un conocimiento empírico, contingente, obtenido a partir de impresiones. Su ventaja es que son capaces de ofrecernos conocimiento sobre el mundo, pero su desventaja radica en que no respetan siempre el principio de no contradicción y no pueden tener un alcance universal ni necesario, pues están sometidas a prueba y experiencia, y estas son siempre particulares, contingentes, probables, empíricas.

La crítica a la metafísica: el problema de la causalidad y la sustancia

La metafísica había asentado tradicionalmente su fuerza argumentativa en dos principios: la causalidad y la sustancia. Hume va a poner en tela de juicio ambos soportes fundamentales, provocando así una puesta en cuestión de la validez de la metafísica como conocimiento, que tendría su culminación ya en el siglo XX con la corriente del positivismo lógico. Pero, a su vez, como se verá, la crítica de Hume al principio de causalidad supondrá la negación de la posibilidad del conocimiento absolutamente firme, aunque sea el científico, pues todo nuestro conocimiento de hechos es solo probable.

1. El problema de la causalidad

El principio de causalidad dice que todo lo que existe tiene una causa y que, por tanto, podemos establecer entre los hechos una relación de causa-efecto.

El problema deviene cuando aplicamos esta *manera de pensar* a la explicación de las relaciones entre hechos, es decir, cuando por medio de la causalidad tratamos de expresar nuestro conocimiento de hechos. Ciertamente es que si no recurriésemos al principio de causalidad, entonces nuestro

conocimiento se quedaría en la mera percepción de datos sensoriales aislados, es decir, en la evidencia de nuestros sentidos, y a lo sumo en un recuerdo o memoria de esas evidencias. Sin embargo, nuestra mente, para poner orden en la serie de acontecimientos que componen la realidad, necesita encadenar esos acontecimientos (en eso consiste explicarlos) y la forma de esa cadena, la estructura de ese orden, es la causalidad: necesitamos inferir qué pasará mañana a partir de lo observado hoy, necesitamos inferir que cuando veo que una bola de billar golpea a otra y esta segunda se mueve, podré afirmar que eso mismo sucederá cuando de nuevo me encuentre ante semejante situación. A la vez, necesitamos establecer un orden temporal en la sucesión de fenómenos: que el golpea de la bola A sobre la bola B es anterior al desplazamiento de esta última, por ejemplo.

Así pues, la causalidad es, en definitiva, la afirmación de una conexión necesaria entre el hecho presente y el que se infiere de él. Pero, en primer lugar hay que tener en cuenta que los hechos son siempre contingentes y particulares, porque una cosa que es puede también no ser y porque no pueden existir hechos absolutos, universales: un hecho es que ahora está lloviendo, pero la existencia de este hecho no impide la posibilidad de su contrario, es decir, bien podría ser que ahora no estuviese lloviendo. Por tanto, el acontecimiento de los hechos es contingente y particular. Así que llover no es un hecho universal: no siempre y en todos los casos llueve. Unas veces llueve y otras no llueve. En segundo lugar, si los hechos son contingentes y particulares, el conocimiento que podamos tener de ellos será de idéntica naturaleza, es decir, conocemos

casos particulares, conocemos por experiencia (los hechos nunca se conocen a priori, es decir, de manera anterior a la experiencia): en el estado X, bajo la función Y, ocurre N. En el siglo pasado todos los cisnes observados eran blancos. O bien: he observado que los cuerpos X e Y se dilatan con el calor. Pero el problema reside en que este conocimiento contingente e inductivo necesita dar el salto hacia lo general y necesario, a lo válido en todos los casos, con lo que tendemos a inferir, por ejemplo, que si X cuerpos se dilatan con el calor, entonces el calor dilata los cuerpos. O bien que si los cisnes conocidos son blancos, entonces todos los cisnes son blancos.

Pero, ¿por qué se produce este salto? Porque la causalidad, esa conexión causa-efecto con la que pretendemos explicar nuestro conocimiento de hechos, tiende a afirmarse necesariamente. Y aquí es donde Hume pone el acento crítico argumentando que no hay razón para pensar que lo ocurrido en N número de experiencias vuelva a suceder en la experiencia N +1; es decir, porque en el pasado todos los cisnes que he conocido fueran blancos, no tengo razón suficiente para afirmar que todos los cisnes del mundo (pasados, presentes y futuros) han de ser blancos.

Entonces, ¿qué provoca ese salto de lo particular a lo general, de lo contingente a lo necesario? Según Hume, la costumbre, el hábito de la observación pasada y la creencia o confianza en que lo ya conocido se repetirá de igual manera en el futuro. Así pues, en opinión de Hume, la causalidad no es algo real, es solamente una operación de nuestra mente (su base es psicológica) que se apoya en la costumbre y la creencia. La

relación de causalidad no expresa nada más que la relación de contigüidad entre fenómenos, su semejanza y su anterioridad temporal.

Pero, ¿qué es exactamente la creencia? Hume la define como un sentimiento de carácter vivísimo que acompaña a una asociación de ideas y que se apoya en un hábito o costumbre originado en nuestra mente. Hume distingue la creencia de la ciencia, de la evidencia y de la fe: la creencia es distinta de la ciencia porque esta última, siguiendo en esto a Aristóteles, es un conocimiento necesario de lo universal. La creencia es distinta de la evidencia en tanto que ésta es un criterio metodológico de conocimiento resuelto por inducción y que supone la disposición de una verdad de manera axiomática o irrevocable. Por último, la certeza es distinta a la fe porque la fe es un método de conocimiento que participa de la revelación divina.

En resumen:

- el conocimiento de hechos se produce siempre por experiencia; esta es en todo caso contingente y particular, como los hechos mismos;
- la conexión de causalidad que establecemos entre ellos no tiene una validez universal y necesaria, sino solo contingente y particular, porque dicha validez está sometida a prueba, experiencia, y las pruebas por definición son siempre particulares;
- es el hábito o costumbre de la observación de los hechos en el pasado lo que nos induce a creer que podemos conocer

el futuro de los hechos, pero no es posible conocer un hecho futuro, sencillamente porque no existe y porque el conocimiento de los hechos está basado en la experiencia y no hay experiencias futuras.

- Por tanto, lo que Hume está defendiendo es que en el conocimiento de los hechos (conocimiento científico) no puede existir un cuerpo de certezas universales y necesarias. El escepticismo es rotundo. A lo máximo que puede llegar el conocimiento empírico es a afirmar la probabilidad (nunca la necesidad) en la relación entre fenómenos. Así pues, la causalidad no existe de manera real o independiente de nuestra mente: meramente es un hábito de nuestro conocimiento, una manera de ordenar y proyectar nuestro conocimiento.
- Pero correlativamente Hume está defendiendo el fenomenismo: lo que existen son hechos particulares, que nuestra creencia pone causalmente en conexión; pero no existe relación necesaria alguna entre hechos. Ante la relación la bola A golpea a la bola B y esta se mueve, lo que tenemos es la existencia por separado de ambas bolas, el choque entre ambas y la producción de movimiento, pero no existe la causa (la bola A golpea a la bola B) ni el efecto (la bola B se mueve porque ha sido golpeada por A). La existencia de la bola A es un hecho, también lo es su choque y movimiento, pero la causa no es ningún hecho; únicamente es una manera de hablar sobre los hechos, una explicación de los mismos. Pero lo que realmente existen

son hechos, no explicaciones. Lo que existen son fenómenos, es decir, hechos contingentes, particulares.

2. El problema de la sustancia

Teniendo en cuenta el escepticismo y el fenomenismo como paradigmas a partir de los cuales comprender la realidad, la filosofía de Hume lleva a cabo un duro enfrentamiento con la Tradición Filosófica al poner en tela de juicio la idea de sustancia, que había sido el pilar de la metafísica occidental. Para Hume, la idea de sustancia no tiene detrás ninguna impresión que la fundamente, por lo que tal idea no puede provenir de alguna cosa real. Si, además, tenemos en cuenta el estricto empirismo de la filosofía de Hume, según el cual la experiencia es la fuente y límite de nuestro conocimiento, entonces no hay lugar para la sustancia, pues esta no tiene cabida en el campo de la experiencia.

Así pues, la sustancia, según Hume, es una colección de ideas simples unidas por la imaginación, sólo designa un conjunto de percepciones particulares que nos hemos acostumbrado a encontrar juntas. Ni siquiera existe ese soporte incognoscible de las cualidades que se muestran a nuestros sentidos (al que se refería Locke); pues si le quitamos esas cualidades a cualquier ser, ya no nos queda nada; por tanto, no hay ningún soporte o sustrato de esas cualidades. Así, si le quitamos a la rosa el cáliz (verde) y los pétalos (de diferentes colores) ya no hay rosa. De este modo, la sustancia no es más

que el nombre asignado a un determinado conjunto de cualidades que nos hemos acostumbrado a encontrar juntas.

Para entender adecuadamente la crítica de Hume a la idea de sustancia y con ello la crítica a la metafísica como saber, hay que partir del nominalismo en clave ontológica: Hume, como Ockham, es nominalista en este sentido, pues defiende que no existen las ideas generales y abstractas, sino que éstas sólo son ideas particulares vinculadas a un término general, basándose en la semejanza. Considera que en la realidad no existe ninguna entidad colectiva, no existen los conjuntos, sino sólo los componentes individuales, y nosotros utilizamos términos o nombres generales para entendernos, pero no porque se correspondan con algo existente en la realidad. Así vemos que Hume está en la misma línea nominalista de Ockham al considerar que lo que existe en la realidad es todo particular e individual.

En esta línea de crítica de la metafísica va a tratar el problema de las sustancias: Dios mundo y yo, tal y como habían sido establecidas por Descartes.

Mundo. Según Descartes la existencia del mundo estaba garantizada por un Dios bueno y veraz que no puede permitir que nos engañemos. Locke había aceptado la existencia del mundo diciendo que la realidad extramental es la causa de nuestras impresiones. Sin embargo el análisis radical de Hume nos lleva a decir que lo único que podemos afirmar es que tenemos unas impresiones, pero no podemos afirmar que a estas impresiones corresponda una realidad extramental exterior. La realidad del mundo está más allá de mis

impresiones y, por tanto, no podemos afirmar la existencia de una realidad corpórea distinta de nuestras impresiones; solo tenemos certeza de nuestras impresiones.

Dios. La existencia de Dios había sido establecida por Descartes a partir de la idea innata de perfección. Locke había afirmado la existencia de Dios a partir del principio de causalidad, al considerar a Dios la causa de nuestra existencia. Evidentemente, Hume niega la posibilidad de conocer la existencia de Dios. Sólo tenemos conocimiento de nuestras impresiones y no tenemos ninguna impresión de la existencia de Dios; evidentemente, tampoco podremos llegar a Dios aplicando el principio de causalidad (como habían hecho otros). En este tema Hume se muestra partidario del escepticismo y agnosticismo.

Yo. Tanto Descartes como Locke habían aceptado la existencia de la realidad del yo, del cual tenemos una certeza intuitiva inmediata y evidente. Pero Hume, siguiendo su crítica radical, afirma que sólo tenemos intuición de nuestras impresiones; y el "yo" o "sujeto pensante" no es una impresión que permanezca constante, sino que es aquello que se supone como sujeto al que se refieren nuestras impresiones. Nosotros lo que tenemos son impresiones variables que se suceden unas a otras: dolor, alegría, tristeza, tranquilidad...; por tanto, no hay una impresión constante y permanente a la que podamos considerar el "yo". Así, para Hume el "yo" es un haz de percepciones que se suceden y que se mantienen unidas por la memoria. El error se debe a que confundimos sucesión con identidad. El yo no es más que una sucesión de impresiones a

las que da soporte la memoria. Así pues, para Hume, la memoria es lo que permite explicar la conciencia de la propia identidad. Por tanto, la idea de yo como sustancia –dirá Hume– sólo tiene una base psicológica, la cual ha sido proporcionada por el hábito. No existe ninguna impresión constante e invariable de mí yo; por tanto, el yo no es más que un haz de impresiones que se suceden en mi mente.

Ética y Política

Hume pretende hacer ciencia moral; pretende ser "el Newton de las ciencias humanas". Para él esto significa diferenciar entre el estudio de los hechos y las decisiones valorativas. El ser humano posee una experiencia externa, que le sirve para conocer los hechos, pero también una experiencia interna, unos sentimientos, que, según Hume, están en la base de la moral.

1. Ética.

La teoría ética de Hume va a realizar una dura crítica de la idea de una ética racional y del iusnaturalismo. Respecto a este último, Hume critica lo que él llama "falacia naturalista": ésta consiste en un paso indebido del "ser" al "deber ser". Hume señala la imposibilidad de derivar juicios morales de carácter normativo sobre lo que se debe hacer a partir de cuestiones de hecho sobre cómo son las cosas. No se pueden deducir normas éticas del deber a partir de enunciados de hechos.

Por otro lado, critica la idea de que la razón pueda conocer lo que es la naturaleza del hombre y deducir también lo que va contra la naturaleza del hombre. De nuevo, es una pretensión excesiva de la razón, un dogmatismo.

Según Hume la ética o moral es un conjunto de juicios sobre la bondad o maldad de las acciones humanas; y el

fundamento de estos juicios no es ni puede ser la razón porque la razón no puede determinar nuestro comportamiento ni los juicios morales se basan en ella. Luego, en conclusión, el sentimiento es el que determina los juicios morales sobre la bondad o maldad de las acciones; lo decisivo no es la razón, sino la esfera afectiva o emotiva. Si existe alguna relación entre las pasiones y la razón, es ésta última la que es esclava de aquéllas. El fundamento, pues, de toda la ética está en el sentimiento humano común, en la "*sympathia*" en sentido etimológico. Este sentimiento nos muestra que la felicidad individual es inseparable de la colectiva.

También cuestiona la libertad del hombre, el libre albedrío, puesto que nuestras acciones siempre tienen una motivación basada en el hábito o la costumbre; existe un principio de uniformidad igual que en la naturaleza: entre causa y efecto se da la misma conexión que entre motivos y acción. Si aplicamos la ley de la casualidad igualmente al mundo físico y al humano, resulta que también la conducta humana está guiada por este principio de causalidad. En consecuencia, se puede prever casi todo el comportamiento humano, pues éste responde a los estímulos que se presentan ante él. Aunque esto pudiera parecer una defensa radical del determinismo más absoluto, Hume nos advierte que, al igual que en el mundo físico los efectos no siguen necesariamente a las causas, así tampoco en el comportamiento moral humano.

Si la raíz de la vida moral se encuentra en los sentimientos (emotivismo moral), ¿en qué lugar queda la religión en el mundo moral de Hume? Hume, en este punto, se mueve entre

el agnosticismo y el ateísmo: agnóstico, por su radical escepticismo; ateo, porque no da por válidos ninguno de los argumentos que intentan demostrar la existencia de Dios: ni el ontológico de Anselmo de Canterbury, ni los de Tomás de Aquino ni siquiera los racionalistas de Descartes.

Pero, además, Hume niega validez al concepto ilustrado de religión: la llamada “religión natural”, según la cual Dios no es una entidad al modo como la tratan las religiones monoteístas (que son todas teístas: el teísmo es la creencia en un Dios personal y único que participa activamente en la creación del mundo y gestiona su destino. En cambio, la religión de la ilustración sostiene el deísmo: no son necesarios ni ritos, ni fe, ni creencias religiosas para sostener la existencia de Dios como un principio de orden racional; así, aunque los deístas crean en la existencia de Dios y en la función de este como creador del universo, sostiene que Dios no interfiere en el mundo ni en los asuntos humanos) y además la religión puede, como diría después Kant, ser incluida en un orden racional. Para Hume, no puede haber conocimiento racional de Dios y el sentimiento religioso no es algo universalizable, pues hay hombres que carecen absolutamente de él. Por otra parte, Hume se queja de que los pueblos más vinculados a sentimientos religiosos albergan destinos más desgraciados que aquellos otros en los que la religión no tiene peso: para Hume la noción misma de Dios infunde en los hombres sentimientos nocivos, como los de penitencia, humillación, sometimiento, pero también fanatismo e intolerancia.

En definitiva, la ética de Hume es emotivista (la razón es la esclava de las pasiones y son éstas la base de la conducta moral y de sus juicios) y laica (no da lugar a religión alguna y ni siquiera se cree en la existencia de Dios).

2. Política.

Respecto a la justificación del Estado, en la época existían dos posturas:

- La postura absolutista que defendía el origen divino del poder.
- La posición contractualista defendida por Locke, según la cual los hombres en estado natural son libres e iguales entre sí. La sociedad surge a partir de un contrato o pacto entre los ciudadanos para defender unos derechos naturales inalienables: libertad, igualdad y propiedad.

Para el empirista Hume ambas posiciones son ficciones indemostrables; él, por el contrario, prefiere observar los hechos y la historia; así observa que los gobiernos son resultado de revueltas, conquistas, asesinatos, luchas despiadadas por el poder. Frente a esta situación, él propone la necesidad de una armonía social para solucionar los problemas políticos: la utilidad común puede y debe ser el fundamento para formar sociedades; eso sí que es un hecho, y no una ficción. Hume se convierte así en un claro precedente del utilitarismo.

Apéndice. Antología de textos

“Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos clases distintas, que denominaré IMPRESIONES e IDEAS. La diferencia entre ambas consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que inciden sobre la mente y se abren camino en nuestro pensamiento o conciencia. A las percepciones que entran con mayor fuerza y violencia las podemos denominar impresiones; e incluyo bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma. Por ideas entiendo las imágenes débiles de las impresiones, cuando pensamos y razonamos [...] Hay otra división de nuestras percepciones que será conveniente tener en cuenta, y que se extiende tanto a nuestras impresiones como a nuestras ideas. Se trata de la división en SIMPLES y COMPLEJAS [...] Advierto pues que aunque por lo general existe gran semejanza entre nuestras impresiones e ideas complejas, con todo no es universalmente verdadera la regla de que éstas son copias exactas de aquéllas [...] Dado que parece que nuestras impresiones simples son anteriores a sus ideas correspondientes, y que las excepciones son muy raras, el método parece requerir que examinemos nuestras impresiones antes de pasar a examinar nuestras ideas. Las impresiones pueden ser de dos clases: de SENSACIÓN y de REFLEXIÓN. La primera clase surge originariamente en el alma a partir de causas desconocidas. La segunda se deriva en gran medida de nuestras ideas [...] Como todas las ideas simples pueden ser separadas por la imaginación y unidas de nuevo en la forma que a ésta le plazca, nada sería más inexplicable que las operaciones de esta facultad si no estuviera guiada por algunos principios universales que la hacen, en cierto modo, conforme consigo misma en todo tiempo y lugar [...] Las cualidades de las que surge tal asociación y por las que es llevada la mente de este modo de una idea a otra, son tres: SEMEJANZA, CONTIGÜIDAD en tiempo o lugar, y CAUSA y EFECTO”.

David HUME: Tratado de la naturaleza humana fragmentos, libro I, parte I, secciones I-IV

“La belleza, del género que sea, nos proporciona un peculiar deleite o satisfacción, y la fealdad produce dolor [...] No es, pues, maravilla alguna que nuestra propia belleza sea objeto de orgullo y la fealdad objeto de humildad[...] la belleza es un orden de construcción de partes que, o por una constitución originaria de nuestra naturaleza o por hábito o por capricho, es capaz de producir un placer o satisfacción en el alma. Este es el carácter distintivo de la belleza, y constituye su diferencia con la fealdad, cuya tendencia natural es producir dolor. Placer y dolor, por tanto, no son sólo acompañantes necesarios de la belleza y la fealdad, sino que constituyen su verdadera esencia”.

David Hume: “De la belleza y la fealdad”. Tratado de la naturaleza humana, libro II, sección VIII

“Nada puede ser contrario a la verdad o razón sino aquello que tiene una referencia con ella, y como sólo los juicios de nuestro entendimiento tienen esa referencia, deberá seguirse que las pasiones podrán ser contrarias a la razón solamente en cuanto que acompañadas de algún juicio u opinión [...] Si una pasión no está fundada en falsos supuestos, ni elige medios insuficientes para cumplir su fin, el entendimiento no puede ni justificarla ni condenarla. No es contrario a la razón el preferir la destrucción del mundo entero a sufrir un rasguño en mi dedo. No es contrario a la razón que yo prefiera mi ruina total con tal de evitar el menor sufrimiento a un indio o a cualquier persona totalmente desconocida. Tampoco es contrario a la razón el preferir un bien pequeño, aunque lo reconozca menor, a otro mayor, y tener una afección más ardiente por el primero que por el segundo[...] En breve, una pasión deberá estar acompañada de algún falso juicio para ser irrazonable; e incluso, para hablar con propiedad, no es la pasión lo irrazonable, sino el juicio”.

David Hume: Tratado de la naturaleza humana libro II, parte III, sección 3ª

“La razón, puesto que es fría y descomprometida, no puede mover a la acción; lo único que hace es dirigir el impulso que recibe del apetito o inclinación”.

David Hume: Sobre los principios de la moral, apéndice, I

“El entendimiento se ejerce de dos formas diferentes: en cuanto que juzga por demostración, o por probabilidad; esto es, en cuanto que considera las relaciones abstractas de nuestras ideas, o aquellas otras relaciones de objetos de que sólo la experiencia nos proporciona información”

David Hume: Tratado de la naturaleza humana libro II, parte III, sección 3ª

“Nada es más corriente en la filosofía, e incluso en la vida cotidiana, que el que, al hablar del combate entre pasión y razón, se otorgue ventaja a esta última, afirmando que los hombres son virtuosos únicamente en cuanto que se conforman a los dictados de la razón [...] La mayor parte de la filosofía moral, sea antigua o moderna, parece basarse en este modo de pensar [...] A fin de mostrar la falacia de toda esa filosofía, intentaré probar, primero: que la razón no puede nunca ser motivo de una acción de la voluntad; segundo: que la razón no puede oponerse nunca a la pasión en lo concerniente a la dirección de la voluntad”.

David Hume: Tratado de la naturaleza humana libro II, parte III, sección 3ª

“todas nuestras ideas –dirá Hume- no son sino copias de nuestras impresiones, es decir, que nos es imposible pensar algo que no hemos sentido previamente con nuestros sentidos internos o externos”

David Hume: Investigación sobre el entendimiento humano, cap. VII, sección 1

“El yo o persona no es ninguna impresión, sino aquello a que se supone que nuestras ideas e impresiones se refieren. Si alguna impresión originara la idea del yo, tal impresión habría de permanecer invariable a través del curso total de nuestra vida, ya que se supone que el yo existe de este modo. Sin embargo, no hay impresiones constantes e invariables”

Hume: Tratado de la naturaleza humana, libro I, parte IV, sección VI).

“Me gustaría preguntar a esos filósofos que basan en gran medida sus razonamientos en la distinción de sustancia y accidentes, y se imaginan que tenemos ideas claras de cada una de estas cosas, si la idea de sustancia se deriva de las impresiones de sensación o de las de reflexión. Si nos es dada por nuestros sentidos, pregunto: ¿por cuál de ellos, y de qué modo?. Si es percibida por los ojos, deberá ser un color; si por los oídos, un sonido; si por el paladar, un sabor. La idea de sustancia deberá derivarse, entonces, de una impresión de reflexión, si es que realmente existe. Pero las impresiones de reflexión se reducen a nuestras pasiones y emociones, y no parece posible que ninguna de éstas represente una sustancia. Por consiguiente, no tenemos ninguna idea de sustancia que sea distinta de la de una colección de cualidades particulares, ni poseemos de ella otro significado cuando hablamos o razonamos sobre este asunto”

Hume: Tratado de la naturaleza humana, libro I, parte I, sección VI

“Es evidente que todos los razonamientos concernientes a cuestiones de hecho están fundados en la relación causa y efecto, y que no podemos nunca inferir de la existencia de un objeto, la de otro, a menos que haya entre los dos una conexión, mediata o inmediata. Si queremos, por consiguiente, comprender estos razonamientos, es menester que nos familiaricemos con la idea de una causa; y para esto debemos mirar en torno nuestro para encontrar algo que sea la causa de otra cosa.

He aquí una bola de billar colocada sobre la mesa, y otra bola que se mueve hacia ella con rapidez: chocan; y la bola que al principio estaba en reposo adquiere ahora un movimiento. Es éste un ejemplo de la relación de causa y efecto tan perfecto como cualquiera de los conocidos, ya por la sensación, ya por la reflexión... Si hubiese sido creado un hombre, como Adán, con pleno vigor del entendimiento, pero sin experiencia, nunca sería capaz de inferir el movimiento de la segunda bola del movimiento y del impulso de la primera”.

David Hume: Compendio del Tratado de la naturaleza humana

Bibliografía

Hume, David: *Tratado de la naturaleza humana*

Compendio de un libro titulado Tratado de la naturaleza humana

Investigación sobre los principios de la moral

Diálogos sobre la religión natural